

## **Mi trayectoria como tallerista DEMAC**

Mtra. Italia Vázquez

Empecé a colaborar con DEMAC-Puebla hace poco más de un año, yo ya había sido usuaria de los talleres hace algunos años, cuando los ejercicios versaban sobre temas más relacionados con la ficción. Regresé como participante en el año 2017 con el grupo que facilita Laura Fernández en casa de Maricarmen Ojeda. Confieso que me sorprendió el giro que el taller había tomado, con un enfoque enteramente autobiográfico. Que reveladores fueron aquellos escritos, yo estaba atravesando un divorcio, bueno, en realidad, el divorcio me atravesó a mí. Encontré en la escritura un aliciente, un desahogo; pero, lo realmente transformador fue escuchar a las demás mujeres, sus historias de amor, de violencia, de enfermedad, de superación, de resiliencia. Yo ya había estado en contacto con las historias de vida de mujeres, en la maestría esa fue mi línea de investigación desde el Análisis Crítico del Discurso; sentía una enorme empatía y agradecimiento con mis informantes, pero por supuesto, no había abandonado mi posición jerárquica de “poder”, la relación investigadora-informante es éticamente necesaria en la academia. A mi corazón le faltaba abandonar esos cánones y sentir pertenencia, complicidad... eso lo obtuve al participar en el taller DEMAC.

Comenté con Laura Fernández, amiga de muchos años, que me interesaría colaborar en DEMAC, y cuando hubo la oportunidad, ella me recomendó como candidata a tallerista. Mi proceso de formación fue cansado pero maravilloso, viajar a la Ciudad de México era para mí todo un reto, como buena foránea no sabía utilizar el metro, los ojos me ardían por la contaminación, me daba mucho miedo que me asaltaran. Aunque siempre regresaba a casa feliz, los talleres de cuatro horas con las diferentes talleristas representaban, además de un ejercicio terapéutico, la oportunidad de aprender técnicas, modos de dirigir y retroalimentar a las participantes. El taller de seis meses, que tomé de manera parcial, también fue útil e ilustrativo, Teresa Pérez Cruz fue extraordinaria al brindarme consejos y anécdotas de su experiencia.

A la fecha, he dado más de sesenta talleres PPME y seis talleres de seis meses, y no es poco lo que puedo decir sobre las mujeres con quienes me he cruzado en este viaje de la escritura; el rango de edad de las participantes es variado, he facilitado talleres PPME con niñas desde los trece años de edad, por el contrario, en los talleres de seis meses, las participantes más jóvenes han sido adultas jóvenes a partir de 17 años, supongo que un área de oportunidad para DEMAC es la población de niñas

y adolescentes, quienes tienen mucho que contar, adecuando los ejercicios es posible captar su interés, comunicarles que su opinión vale, que es importante. En estos momentos Laura Fernández y yo, nos encontramos elaborando una guía con propuestas de ejercicios para niñas y adolescentes, con base en las experiencias buenas y no tan buenas que hemos vivido con este tipo de grupos.

Amén de lo anterior, debo confesar que me preocupaba acudir a La casa del adolescente, donde hay niñas que el estado retira de sus familias por problemas de violencia; no obstante, la experiencia fue maravillosa, sí, las niñas son dispersas, hacían algunas bromas pesadas, querían que les regalara los lapiceros y que les contara de mis tatuajes. Con ellas me he reído como pocas veces, escribían poco, algunas a disgusto, pero fue evidente su capacidad de resiliencia, de pensar a futuro y no en el pasado, de formar amistades, de conmoverse. Fue un grupo difícil, muy difícil, pero los resultados fueron positivos.

Las adultas mayores son también un grupo de sumo interés, pues en repetidas ocasiones han formado parte de los talleres (PPME y 6 meses), la escritura es un tema que les apasiona, y el apoyo de la Guía “Nunca es tarde para escribir mi vida” ha sido de increíble utilidad para el desarrollo satisfactorio de los ejercicios. Es también, una población que muchas veces se encuentra vulnerada en distintos aspectos: salud, cuidados, atención afectiva y psicológica. Y por ello encuentran en el ejercicio de compartir y escuchar, un momento de gozo y de refuerzo de su identidad, reafirmar quienes fueron y autoafirmar quienes son ahora.

Estoy convencida de la importancia y trascendencia de sus historias, sus testimonios ofrecen una mirada al pasado, sí, pero también un reclamo a la época presente en cuanto al desplazamiento y marginalización de las adultas mayores.

Me viene a la mente el caso de Betty, una mujer adulta mayor, con humor afilado y una personalidad que agrada a cualquiera, sus escritos son jocosos, aunque esconden episodios muy tristes, incluso violentos. Un padre machista, roles de género que laceraron su autonomía y proyecto de vida, acoso e intentos de violación, un matrimonio sin amor, una madre que trabajó para poder alimentar y vestir a sus hijas. Todo parece un tema común, precisamente en ello recae su valor, ahí está la historia de las mujeres, de nuestras abuelas, su nula educación afectiva aunada a tradiciones machistas marcó un “deber ser” de perpetua vulnerabilidad e indefensión.

En cuanto a los niveles escolares y ocupaciones, la diversidad es latente, hay participantes que exclusivamente saben leer y escribir, algunas

que únicamente cursaron la educación básica, también hay doctoras e investigadoras y ello está intrínsecamente conectado con el nivel socioeconómico, aunque hay sus excepciones, el acceso a la educación es un tema de clase, indudablemente, y también socio-geográfico, me explico: a las instalaciones de DEMAC, que está en el centro de la ciudad, llegan mujeres con un nivel educativo y socioeconómico de medio a alto, por el contrario, en la periferia, en las juntas auxiliares y comunidades rurales el nivel de estudios es de básico a medio pero sin concluir, y las mujeres se encuentran en una situación de vulnerabilidad económica, incluso pobreza. Esto se refleja en sus escritos, he comprobado que las mujeres con una situación social y económica más privilegiada se atreven a explorar más su creatividad, las otras mujeres no rechazan su potencial creador de historias, pero lo hacen de manera más temerosa, por eso las exigencias y herramientas en el trabajo con cada grupo son diferentes. Curiosamente, sin importar el estrato social, las mujeres tienden a disculparse por lo que van a leer, como si fuera una descortesía hablar de sí mismas, y es que sí, nuestra cultura les obliga a renegar del complejo de narciso y sentir la necesidad constante de atenuar los momentos en donde son el centro de atención y dueñas de la palabra, por suerte eso no dura, la mayoría se empoderan en la narrativa y el discurso. En fin, lo cierto es que dependiendo de la zona o la institución convocante varían los grupos de mujeres.

Me siento con suerte, no me he topado con mujeres que ostenten actitudes pretenciosas, todas son auténticas, comparten lo que desean revelar y lo demás simplemente lo callan. Es grato que la mayoría de los grupos celebran los aciertos de las demás, no faltan las frases de apoyo y admiración. Sí, hay quienes escriben con suma corrección, con herramientas literarias adquiridas a fuerza de leer constantemente, hay quienes tienen talento, las hay con determinación, hay quienes se mantienen laxas y disfrutan escribir desde la levedad, cuando quieren, cuando pueden, y todo suma, en la diversidad está la riqueza. En un grupo, por ejemplo, el hecho de que Beli ponga tanto cuidado y creatividad en sus escritos anima a las demás a poner mayor atención en sus elaboraciones, pero tampoco se obligan a nada, no es una competencia, eso está claro.

Hago un paréntesis sobre las ocupaciones y aficiones, lo más frecuente que he recibido en los grupos son amas de casa (de cualquier nivel socioeconómico), después docentes jubiladas o en activo, le siguen las terapeutas, continúan las mujeres dedicadas a labores administrativas y por último estudiantes y comerciantes. Algo que agradezco es que en general disfrutan de la lectura, no es que sean lectoras voraces, pero es una actividad que realizan a través de leer el periódico, revistas, algunas novelas cortas. Ver series o novelas por televisión es también una actividad

frecuente, no faltan los minutos de plática al inicio del taller sobre qué paso en tal o cual programa. Otras actividades que he notado son la costura y manualidades en las mujeres que son amas de casa. La mayoría de las participantes de los talleres son madres, madres solteras incluso, trabajen dentro o fuera de casa el cuidado de las hijas e hijos es una actividad que ocupa mucho de su tiempo, a veces con disfrute a veces con recelo.

Ahora bien, los problemas más frecuentes que aparecen en sus escritos tienen que ver con su autopercepción, en su mayoría derivado de situaciones de violencia en pareja, enfermedad o sensación de inutilidad, este último común de las adultas mayores. Me explico, la mayoría de las mujeres llegan a los talleres en un intento de rescatar o reforzar su propia identidad, ¿quién soy ahora después de esto que viví o estoy viviendo?, desean recuperarse a sí mismas, dar significado a lo que les sucedió, y contar su derrota o victoria sobre el problema, qué aprendieron. Y hablo en pasado puesto que la mayoría acude cuando la tormenta ha pasado, después de meses e incluso años, a veces con un proceso terapéutico en marcha. Lo común son madres solteras que aún están elaborando el recuento de los daños con respecto a su separación por motivos muy variados, la enfermedad es común también: cáncer, depresión, procesos quirúrgicos o condiciones relacionadas a la vejez.

Un tema que les resulta complicado al momento de escribir son los ejercicios sobre su imagen, sobre la maternidad y sobre su sexualidad, por el hecho de que son bastante confrontativos y les invitan a reflexionar sobre su percepción del deseo, la buena madre, la virgen, la mujer provocadora y otros arquetipos culturales que tenemos incrustados en lo más profundo de nuestra psique.

Recuerdo que, en los monólogos de la vagina, una de las intérpretes decía que al principio las mujeres temen hablar de su vulva, pero después ya no las pueden callar. Esto pasó en un grupo cuando escribieron sobre su sexualidad. Al asignar la tarea, las ocho mujeres se mostraron dubitativas, aliviando la tensión entre bromas y relajó. Tomamos unos minutos para conversar y de pronto, ya todas sabían qué escribir, vida sexual nula cuando tienes hijas e hijos, pudor y pecado en la experimentación del sexo, gozo y placer, etcétera. Incluso elaboraron un ejercicio de continuidad pues admitieron que varios asuntos se quedaron pendientes. La narrativa de todas fue extraordinaria, ahondaron en las descripciones, y anotaron reflexiones profundas.

Con la maternidad, los relatos también son variados, pero un hallazgo importante para las participantes, cada vez, es darse cuenta que existen otras formas de ser madre, y que pueden expresar sin temor a ser juzgadas

que no siempre es una experiencia maravillosa. Que importante es visibilizar el miedo compartido, socializar la culpa; como dice Audre Lorde: *mis miedos, son los miedos de todas*.

Algo desgarrador que es vital acotar, es el hecho de que en la mayoría de los talleres ha existido en cada grupo por lo menos una mujer víctima de abuso sexual, a veces en la infancia, a veces en la adultez. Ello es algo que me enfurece y preocupa profundamente, siempre dedico unos minutos a reflexionar sobre qué podemos hacer para cuidar a las niñas, niños y mujeres, a sabiendas de que los principales agresores son hombres cercanos a su entorno que tienen acceso a ellas sin restricción, por eso muchas veces el abuso es continuado incluso por años.

En fin, no hay caminos trazados ni atajos para sanar, no hay soluciones mágicas, ni escritos tan catárticos que agoten el dolor o frustración de las escritoras, lo que sí existe es un sentimiento de empatía, afecto y confianza que crece con cada sesión, cada una vierte semillas en sus compañeras a través de sus palabras, y algo florece. Si hay una posibilidad de sanar, esta reside en el trabajo en comunidad, en hacer comunión entre mujeres y entender que lo que les ha pasado no tiene por qué definir el presente, en el final, lo funesto no vence. Escribir trastoca el dolor y lo transforma. Nombrar lo que les daña, relatarlo, les permite distanciarse y analizar a conciencia lo sucedido para que la vorágine, el enredo no las devore.

Al final de las sesiones siempre reina la calma, porque trabajamos con la bandera de la esperanza. Los éxitos son los escritos del día a día, unos elaborados a conciencia, otros con desgano, pero con la disciplina de intentar escribir, aunque no llegue la inspiración. Se forman lazos y complicidades, unos persisten en el tiempo, otros no, pero sin duda, lo compartido suma al proceso de sanar y fortalecimiento de su autoestima. Un caso particular, es el de Charo, quien escribió su autobiografía y aunque ha decidido no hacerla pública, va a presentarla con sus familiares. Su proceso fue para mí de mucho aprendizaje, soy filósofa, socrática, me pongo a observar, a observar a mis alumnas, cómo se transforman, no terminan de resolver algunos conflictos, pero sí los identifican, comienzan a atenderlos. Charo pudo comenzar a reconciliarse con su historia, reconocer situaciones en su familia que la dañaban, decir que no y expresar algunos de sus deseos. La nueva Charo es otra Charo, una versión decidida a escuchar lo que su corazón desea. Actualmente está en un curso de novela gráfica, continúa escribiendo y tiene planes de colaborar en proyectos de escritura sobre leyendas de la ciudad de Puebla.

Entonces, todo lo anterior no sería posible sin un espacio que sirviese como caldo de cultivo para la sororidad, el autoconocimiento y la escucha. Sin miedo a equivocarme, afirmo que DEMAC representa eso para las mujeres que acuden a los talleres, todo el tiempo hay comentarios de satisfacción y agradecimiento. Es un proyecto tan pertinente en un país con tan elevado número de feminicidios, de violencia machista. Es un esfuerzo que suma a la cultura de la paz, tan necesaria en estos tiempos. Me encanta ser parte de DEMAC, trabajar con mujeres, compartir con talleristas y administrativas con una clara postura ética a favor de la equidad. Noto que las personas que colaboramos en este proyecto tenemos una certeza: la historia está en deuda con las mujeres, y es a través de recopilar, preservar y difundir los testimonios de ellas que se puede soslayar dicha afrenta.

DEMAC es un espacio abierto, amigable para quien desee acercarse, recuerdo a Soco, una de las participantes en taller quien me platicó que llegó casualmente a una presentación de libro en el edificio del Parián y afirma: *me trataron tan bien que me quedé*. Y sí, en este espacio a todas nos tratan bien, nuestra dignidad es un asunto *a priori*, libre de discriminación.

Ello se ve reflejado en el hecho de que los talleres sean gratuitos o a un costo muy accesible, la misión enfocada en llegar al mayor número de mujeres para contagiarles de este gozo que es escribir, siempre apuntando al horizonte, como la utopía.

La labor que se realiza en los CERESOS es particularmente vital en una sociedad que se empeña en “readaptar” desde un enfoque poco humanista, exclusivamente punitivo y determinista. Las mujeres privadas de su libertad también tienen el derecho a expresarse a través de la escritura, de compartir sus ideas, sus reflexiones, ser conscientes de su posibilidad de recrear y recrearse, de comprender qué sucedió y qué desean de sus vidas a futuro. No es cabal romantizar el trabajo en los CERESOS, pero en el poco tiempo que he asistido, el gran regalo de la escritura, que de hecho ellas mismas se entregan, es reconocer su dignidad y la existencia de bondad en sus corazones.

No pretendo hacer de estos últimos renglones un panegírico, sólo es importante señalar la convicción que me invade al hablar del lugar en donde colaboro, creo en este espacio de creación, encuentro y recopilación, y me enorgullece sumar a su trascendencia.

